

EL FÉNIX CARTAGINÉS.

SEMANARIO CIENTÍFICO, LITERARIO,

ARTÍSTICO, DE ADMINISTRACION É INTERESES GENERALES.

DIRECTOR: D. FRANCISCO ARRONIZ Y THOMAS.

Año I.

Cartagena 9 de Noviembre de 1879.

Núm. 45.

SUMARIO.

LOS POETAS DE LA GRECIA, por *Eduardo Menechet*.—EL AMOR, por *D. Antonio Aguilar*.—Poema: MONSEÑOR TADLIBÉR.—*Segunda parte*: LA CONFESION DE UN OBISPO.—*Canto quinto*: PRISION Y LIBERTAD, por *D. Francisco Arroniz y Thomas*.—Cartagena tradicional: LAMANTILLA DE LA REINA, por *D. A. Avelino Thomas*.—Mosáico, por *Asdrúbal*.

LOS POETAS DE LA GRECIA.

(Continuacion)

Las poesias didáctica y pastoril habian reunido bajo sus banderas al mismo Hesiodo, que se apresuró á tomar allí sitio, porque se encontraba mejor que bajo la bandera épica, á Teócrito, Moschus y Bion.

Entre los filósofos distinguíanse en primera fila á Sócrates y Platon; y finalmente bajo la bandera de la elocuencia veíanse á Solon Pericles, Alcibiades, Licurgo, Isócrates, Esquines y Demóstenes seguidos de otros oradores que les formaban un número cortijo.

Ante el aspecto de todos aquellos grandes hombres, cuyo génio habia dado fama y renombre á la ciudad de Atenas, el rey de los infiernos sintióse sobrecogido, al pensar que tenia que pronunciar un discurso ante aquellas sombras tan ilustres; y acercándose al oido de Aristóteles, que á su lado estaba como secretario, confióle su embarazo, suplicándole al mismo tiempo que lo sacase del apuro.

Aristóteles, que habia conservado en los campos Eliseos una parte de aquel talento que le animaba sobre la tierra, levantóse y tomó la palabra, sobre poco mas ó ménos en estos términos:

—Oh vosotros que me escuchais, poetas épicos, dramáticos, líricos etc. ya habeis visto como mu-

chos de los que se decian vuestros rivales han dejado de asistir, desapareciendo completamente de nuestra vista. Aquí el génio no tiene que temer las injurias de los Zóilos, ni la virtud la ponzoña de los Anitus. No permitais que indignos celos y ridiculas querellas vengan á poner aquí de manifiesto las miserias de nuestra vanidad, ante las grandes sombras que nos contemplan, como sucedia en la mansion de los vivos, donde nos exponiamos á la burla y los sarcasmos del vulgo, que triunfaba así de nuestras debilidades y abatimiento. No demos, pues, á los infiernos el triste espectáculo de las pasiones humanas que nos agitaban sobre la tierra. ¿Necesitamos acaso establecer entre nosotros distinciones de rango y de preeminencia? Esta preeminencia la dá el juicio de los siglos. Por lo demás á los ojos del rey de la muerte todos somos iguales.

Pluton hizo un signo de asentimiento. Aristóteles continuó:

—Dejemos, pues, estas vanas disputas á los que todavia habitan la mansion de los vivos; ellos tienen recompensas que pedir, honores que recibir; concíbese que ellos se los disputen porque pasan la vida buscando la inmortalidad; pero nosotros ya la tenemos; es un bien imperecedero, un tesoro del que cada uno puede tomar su parte sin agotarlo nunca. La inmortalidad! Esa es para tí; Homero, para tí que nunca tuviste ni tendrás semejante en la epopeya; para tí, cuya voz armoniosa y sublime se repetirá de siglo en siglo, y cuya gloria permanecerá siempre inalterable.

Terminó Aristóteles; llegó su vez á los poetas y presentíase que la lucha iba á ser muy tenaz, porque todos ellos quisieron hacer uso de la palabra al mismo tiempo, como si la eternidad no hubiese sido bastante larga para permitir que ellos se dejaran oír unos despues de otros.

Aristóteles pudo, á duras penas, hacerles comprender lo mucho que se adelantaria conque cada uno de ellos hablase á su tiempo, y convinose en que, despues de haber expuesto rápidamente su vida y sus trabajos, recitarian ó cantarían

